

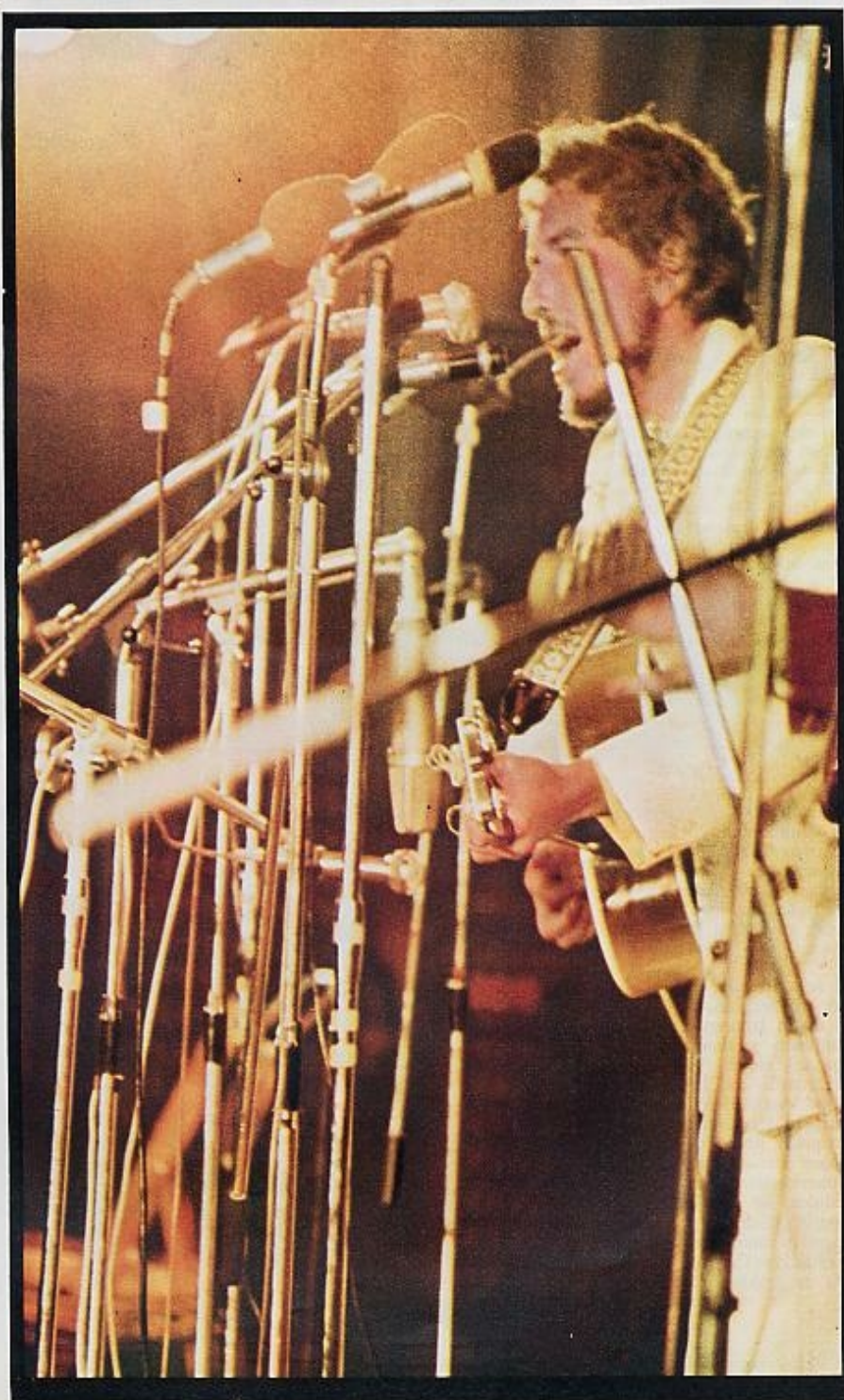
UN PEREGRINAJE DE AMOR Y DE LIBERTAD

EL CULTO A BOB DYLAN

**200.000 fieles
en el
gran ceremonial
pop**

*Habían llegado de todas
las partes del mundo.
Se concentraban en Wootton,
en un verde prado
cercado por una valla, próximo
a las residencias de gente
de orden y a un convento
de trapenses. Allí había
más de ciento cincuenta mil
personas, quizá doscientas mil.
Fuerzas especiales de policía
se habían destacado a ese lugar
de la isla de Wight
en previsión de posibles incidentes.
Pero aquella gran
concentración humana
parecía tranquila
y poco dispuesta a crear
problemas. Procedían
de Inglaterra y de toda Europa,
de Estados Unidos
e incluso de Australia.
Llegaron con sus*

→



sacos de dormir y su marihuana; con sus ropas multicolores y sus melenas, con sus proclamas de paz y su pasión por la música. Venían para oír música, y es lo que hicieron. Durante tres días y tres noches, tres días y tres noches de música, fogatas, colas para el reparto de comidas y para ir a servicios, no se produjo ni un solo incidente. Allí sólo interesaba la música: escuchar a diversos conjuntos y cantantes y venerar al gran ídolo de la canción "folk" americana, Bob Dylan. El peregrinaje de los "hippies" de todo el mundo concluyó con la adoración al máximo representante de la música "pop" norteamericana.

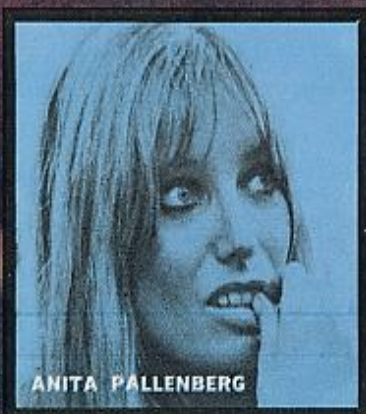
Le bautizan el 24 de mayo de 1941 con el nombre de Robert Zimmerman, en Duluth, Minnesota, pero toda su infancia transcurre en Hibbing, ciudad minera situada a un centenar de kilómetros de la frontera canadiense. Cuando cumple los diez años, el pequeño Zimmerman considera concluido su periodo infantil y se escapa de casa. Al festejar su dieciocho cumpleaños puede contabilizar siete fugas de la casa paterna. Durante estas escapadas, aprovecha para conocer el país de punta a cabo, para escuchar música popular. En los breves entreactos hogareños, su padre intenta retenerle comprándole un piano, pero Bob prefiere ceder a su hermano David el privilegio del aprendizaje académico. Por su cuenta, aprende a pulsar la guitarra y a pulsar la armónica.

Inmensos altavoces colocados en unas pocas hectáreas de prado verde en la isla de Wight. "Tranquilos, tranquilos —decía el presentador, Ricki Farr—, todos veréis, todos oiréis". Los doscientos mil espectadores estaban tranquilos, siguiendo el desarrollo del Gran Festival de Música 1969. Tranquilos cuando el grupo "rock" de los Who martirizaba sus guitarras y destemplaba los micrófonos; emocionados cuando Tom Paxton hilvanaba sus canciones "folk" o la dulce voz de Julie Felix se extendía más allá de las vallas del prado, alcanzando, seguramente, el recinto de los trapenses. Entre actuación y actuación, el presentador leía mensajes de adhesión. El más celebrado fue uno que venía firmado por John y Yoko —John Lennon, de los Beatles, y su esposa— que decía simplemente: "Paz". Se respiraba paz, sosiego, relajamiento. Todos habían cumplido un largo viaje y, seguramente, allí sentados sobre la hierba verde, seguirían "viajando" gracias a la marihuana, con el fondo sonoro de sus músicos preferidos y ante la estupefacción de los policías, cuya misión se estaba revelando inútil.

En 1960 se matricula en la Universidad de Minneapolis, pero este muchacho de la frontera tiene el espíritu inquieto y abandona las aulas a los seis meses. "Nunca he estado de acuerdo con la instrucción de tipo escolástico. Siempre me ha gustado leer mucho, pero no los insípidos libros de texto". Mientras hace auto-stop por las carreteras americanas, en busca de nuevos sonidos, lee la "Crítica de la razón pura". Y de Kant pasa a un poeta que le interesa extraordinariamente, Dylan Thomas. Tanto, que adopta su nombre como ape-



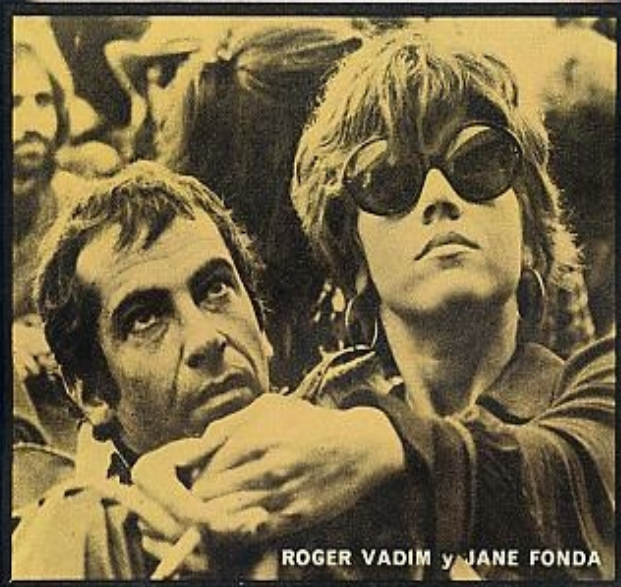
"Hippies" ricos acudieron también, mezclándose con la gran multitud de los que llegaron procedentes de todas las partes del mundo, para escuchar a Bob Dylan. Anita Pallenberg, la actriz alemana compañera del Rolling Stone, Keith Richard; la cantante Julie Felix, que había actuado el día anterior; Françoise Hardy y el matrimonio Vadim-Jane Fonda.



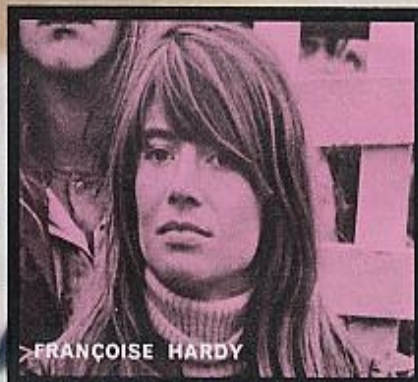
ANITA PALLEMBERG



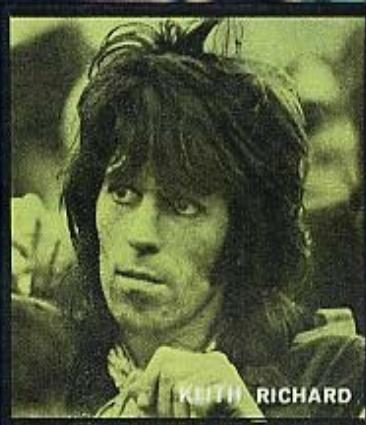
JULIE FELIX



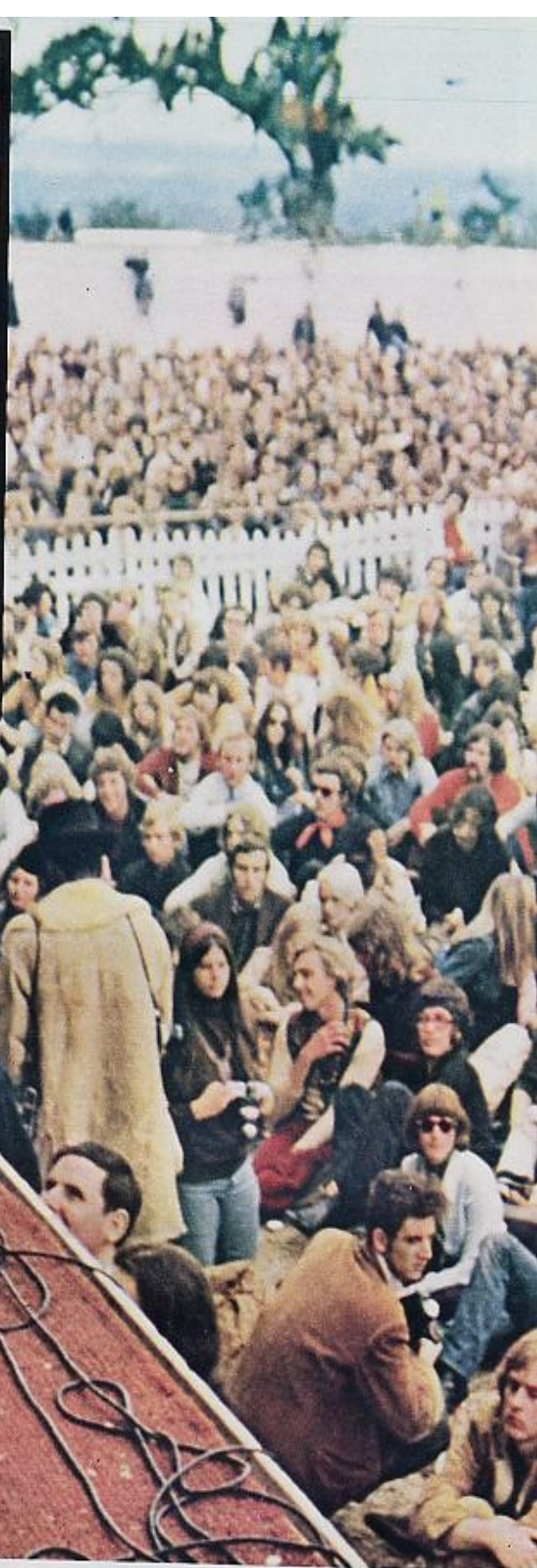
ROGER VADIM y JANE FONDA



FRANÇOISE HARDY



KEITH RICHARD



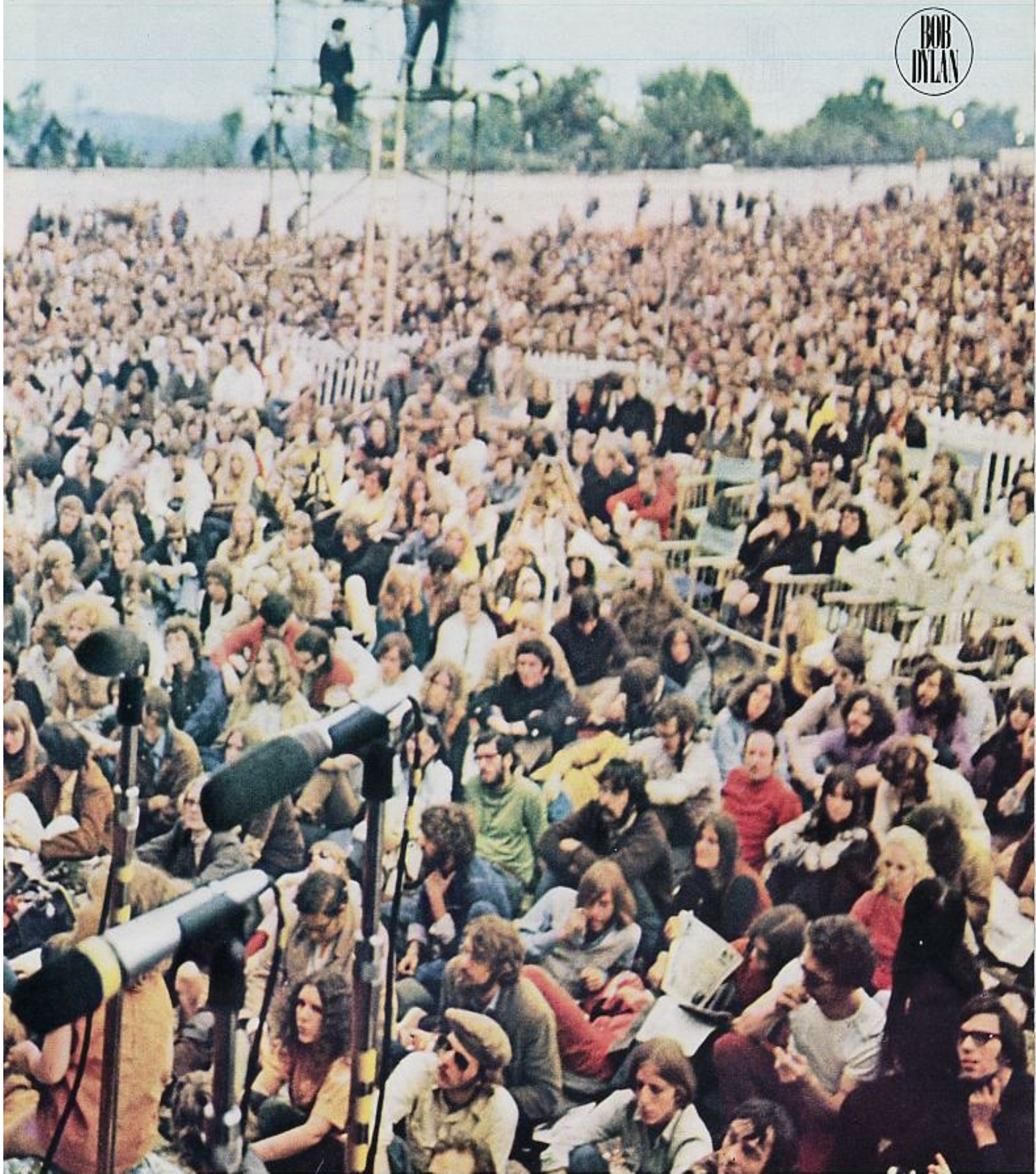
**Bob Dylan,
el juglar de la
era atómica
ante su público devoto.**

lido propio para presentarse en público. Porque decide cantar. Primero forma parte de varias agrupaciones universitarias, y sigue recorriendo el país. Es la época del "rock". Mejor dicho, en 1960 es el momento de aportar algo nuevo al movimiento que han engrandecido Elvis Presley, Little Richard y Bill Haley. Pero el recién nacido Bob Dylan tiene una pega para triunfar en América: es, quizá, un poco inconformista.

"Sois la generación bendita", murmuraba por los altavoces Ricki Farr. Y aquello no parecía ningún piropo exagerado para aquellos doscientos mil muchachos que descansaban prácidamente sobre el prado; efectivamente, se sentían como unos benditos. Y algún periodista con pretensiones sociohistóricas sentenció que, treinta años antes, toda una generación de la misma edad se armaba para el mayor acto de destrucción que el mundo ha

sufrido nunca. En la isla de Wight, todos estaban armados de amabilidad. Los policías, armados de perras, no tuvieron inconveniente en testificarlo. Nadie dudaba —salvo las fuerzas del orden, que perdían poco a poco su inquietud inicial— que era el más importante, el mejor y, sobre todo, el más hermoso festival "pop" jamás celebrado. No sólo por la cantidad de gente que había atraído el legendario Dylan: era más bien la atmósfera, el am-





Entre sesión y sesión, un descanso improvisado en cualquier parte y de cualquier modo. Albert Grossman, "manager" de Dylan, confundiéndose con el público.

biente, lo que contaba. Los "fans" no habían ido sólo a escuchar la música y ver a sus cantantes favoritos, sino también para estar juntos. Juntos como unos benditos: tenía razón Ricki Farr.

Su primer contacto profesional, como "lead-singer", lo obtiene en un local de "strip-tease" de Central City, Colorado. Con su guitarra y el artilugio que sujeta la armónica junto a la boca, Bob sale al esce-

nario y canta una canción. Después viene la chica de turno y hace su número. El público pide un bis. Pero vuelve a salir Bob, con su enortijado cabello, con su voz agria y displicente, con sus canciones, que no son tan reconfortantes como sería de desear. Y el público no pide bis. Sale otra chica: en su modestia, en su torpe y rutinario "strip", la bailarina devuelve la imagen de un deseado confort, que es lo que esos espectadores nece-



sitan. De nuevo, las carreteras americanas. En 1961, Bob visita a Woody Guthrie en el Greystone Hospital, de New Jersey. Guthrie es una institución en la música "pop" americana: poeta, cantante, compositor de baladas; aunque entre ambos existe una diferencia de más de treinta años, les une un mismo sentido del humor y una necesidad de denunciar algunas cosas que no parecen marchar bien en ese país.

Era muy importante estar juntos. "Estar juntos" significaba vivir juntos en aquel prado verde, dormir juntos. Participación. Y libertad. Comportarse natural y espontáneamente, abolir en cada gesto todos los prejuicios habidos y por haber, inaugurar continuamente la comunicación con aquella música que estaba escrita e interpretada para ellos; una música que les impulsaba a conquistar minúsculas porciones de libertad. Algunos periódicos hablaron de comportamiento inmoral, pero estos "happenings", y otros muchos menos extremos, no se llevaban a cabo por dinero o por exhibicionismo —no era un espectáculo de "strip-tease" ni un gesto de perturbados patológicos—, sino por amor: amor a la vida y a la libertad. Sólo los que estaban "out" se apiñaron en torno a la chica que bailaba desnuda; los "hippies" sonreían vagamente: "es tan hermoso", "están haciendo lo suyo".

Tiene quince años y compone su primera canción. La dedica a Brigitte Bardot. Tiene veinte años, y en el Festival de Newport escucha su voz por los altavoces: Peter, Paul and Mary, un trío famoso del "folk" americano, anuncia que interpretarán una canción de un compositor desconocido. Es él. Y el título: "Blowin' in the wind". No es una canción original: se basa en una melodía folklórica tradicional. No importa. Es una canción de Dylan, e instantáneamente se convierte en una especie de himno de los jóvenes que luchan por su libertad. Es la libertad lo que Dylan propone en sus canciones. Y por eso tiene que denunciar algunas cosas de las que pasan en su país: la guerra del Vietnam, la intolerancia racial, la miseria de muchos, el conformismo de casi todos... Dylan aparece entre los grandes de la "protest-song" americana: Pete Seeger, Joan Baez. Dylan introduce una novedad: sus canciones son populares, pero impone unos textos corrosivos, virulentos. Naturalmente, en él se da una de las más típicas contradicciones de la sociedad de consumo: este juglar de la era atómica, combativo y seco, luchador infatigable contra el "american way of life" es devorado por el sistema, que prefiere colmarle de millones a anularle. El caso es que Dylan sigue cantando.

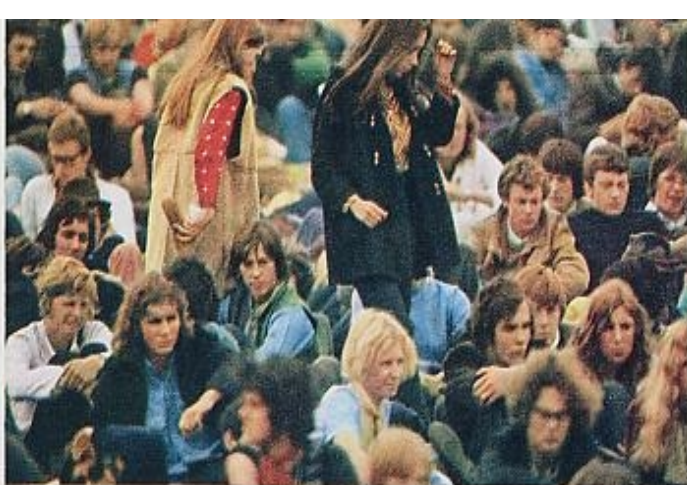
Los viajeros habían consumido una jornada y estaban a punto de liquidar la segunda. Se acercaba el gran día: la tercera sesión y última del gran festival de las estrellas "pop". Algunos habían venido en auto-stop: eran los más. Los menos se habían desplazado en Rolls;

Jane Fonda y Roger Vadim, por ejemplo. O Keith Richards, de los Rolling Stones, con su compañera, la actriz Anita Pallenberg. Y también Françoise Hardy. Y algunos de los Beatles, que siempre fueron muy amigos de Dylan, especialmente John Lennon, quien aseguró que Bob era "el mejor poeta americano del siglo". Y, cómo no, estaba su mejor amigo y "manager", Albert Grossman. Todos estaban esperando que apareciera Bob Dylan, el cantante de toda una generación. Pero pasaba el tiempo y Bob no salta al escenario.

Le reprochan que abandone su línea combativa y se dedique al "rock". Pero es un "rock" muy peculiar, con un sentido musical muy preciso y en absoluto banal. Un accidente de moto está a punto de acabar con su carrera. Y cuando vuelve, ofrece su mejor obra: un disco grande que se titula "John Wesley Harding". Un resumen de su actividad creadora: hay "folk", "rock" y canción protesta. Hay el mejor Dylan. Los reproches se vuelven elogios. Todos aceptan que Bob posee un talento excepcional, una de las voces más originales de la canción "pop". Los más grandes intérpretes de la música "pop" se declaran sus discípulos. Dylan no dice nada ante todo este cúmulo de elogios. Se limita a seguir trabajando. compone, se retira a un lugar apartado y no quiere actuar en público, aunque le obligan casi a presentarse en el Carnegie Hall neoyorquino. Un éxito estruendoso: los jóvenes siguen encontrando en él un portavoz de sus ideales más instintivos, menos elaborados, pero más auténticos. Pero Dylan se retira nuevamente. No quiere actuar nunca más en público.

Le esperaban impacientes. Se habían consumido ya los tres días del Festival. Sólo faltaba la presencia del gran Bob Dylan. Ahí estaban todos, los doscientos mil, para eso. Y, por fin, apareció. Una cálida acogida, un silencio respetuoso. El acto de adoración iba a comenzar. Pero desilusionó a todos. Su actuación sólo duró una hora, y se negó a volver al escenario. Había "hecho lo suyo", como explicó Ricki Farr a todos los "fans" que protestaban. Por un momento pareció como si la multitud fuera a estallar, y la policía —relajada por tres días de placidez— se alarmó. Pero no pasó nada, se mantuvieron tranquilos. Todo seguía siendo tan hermoso como antes. La reunión empezaba a disolverse. Durante tres días, la música y la espera del ídolo les habían comunicado y roto las barreras e inhibiciones creadas por anteriores generaciones. El gran ceremonial había terminado.

Veintiocho años, casado, padre de cuatro hijos, casi seis millones de pesetas por su actuación en la isla de Wight, con el cabello recordado y una barba de collar, pulcro, elegante, discreto, silencioso y hosco, Bob Dylan regresa a su retiro. No quiere volver a actuar en público. ■ JESUS GARCIA DE GONDINAS. Fotos: STEPHEN GOLDBLATT, Camera Press-Zardoya.



Tres días de finales de agosto en la isla de Wight. Miles, cientos de miles de "hippies" reunidos para escuchar a sus ídolos, para adorar al gran Bob. Vivir juntos unos días, dormir juntos: una sensación de libertad, pequeña pero auténtica, ante la vigilancia desconcertada de la policía, que no tuvo que intervenir en ningún momento. Un baño con espuma de jabón para responder a la leyenda negra del "hippy" sucio... Hermosas muchachas fieles de un culto musical. Tres días para reunirse en un prado verde después de un peregrinaje por los cinco rincones del mundo.

